

Todos los días se veían salir por las calzadas de Méjico, gran número de esos comerciantes, llevando sus efectos en hombros de los numerosos *tamemes*, acostumbrados á la carga.

Todo se presentaba animado á la vista del observador. Los puntos próximos á la suntuosa corte de los emperadores aztecas, eran verdaderamente verjeles, entre los cuales descollaba el majestuoso bosque de Chapultepec, deliciosa quinta de recreo de los monarcas mejicanos, cuyos corpulentos y antediluvianos ahuehuetes asombran aun con la magnitud de sus robustos troncos, que solo es dado abrazar entre doce personas, y refrescan con la benéfica sombra de su tupido y extendido ramaje.

Esta era la capital del imperio azteca en los momentos en que se disponían las fiestas para celebrar la coronación del emperador Moctezuma II.

Los nobles tlaxcaltecas y michoacanos que habían ido para presenciarlas, estaban asistidos con cuidadoso esmero.

La coronación se efectuó con una esplendidez que excedió á los elogios que le habían precedido, anunciándola como la más notable.

Las ceremonias religiosas se celebraron con el brillo que correspondía á la grandeza de la nación; y los prisioneros atlixqueños fueron sacrificados al número de la guerra *Huitzi'opochtli*.

## CAPÍTULO XX

Rebelión de algunas provincias tributarias y nueva sujeción de ellas.—Moctezuma declara á la plebe incapaz de obtener empleos.—Manera de presentarse al rey.—Serrallo de Moctezuma.—Comida que se le servía.—La que se daba á los palaciegos.—Bebidas que usaban.—Personas que concurrían á palacio.—Número de criados encargados del cuidado de las aves y de las fieras.—Acatamiento del pueblo al monarca.—Carácter de Moctezuma.—La agricultura.—Estado de las minas.—Guerra con los de Tlaxcala.—Muere en una batalla el hijo de Moctezuma.—Nuevos triunfos de los tlaxcaltecas sobre los mejicanos.—Hambre en Méjico.—Fausto de los grandes y miseria del pueblo.—Campaña de Cuauhtemallan.—Erección de un nuevo templo.—Se da mayor anchura á la calzada de Chapultepec.—Incendio del templo Zomolli.—Moctezuma, desconfiando de los tlaxcaltecos, les priva de sus empleos.—Les repone en sus destinos.—Rebelión de algunas provincias.—Los mejicanos sujetan á los rebeldes.—Gran piedra de los sacrificios.—Fiestas celebradas en su dedicación.—Nuevas rebeliones.—Guerra entre Méjico y Michoacan.

Rebelión de algunas provincias. Transcurridos algunos días, el espíritu de rebelión que fomentaba sin descanso en todas las provincias sujetas á la corona de Méjico, estalló en Tlachauhco, poniéndose al frente del movimiento de insurrección Malinalli, señor de ella. Moctezuma envió contra los insurrectos á un capitán llamado Tlilxochitl,

que se habia hecho notable por su valor en las campañas anteriores. Tlilxochitl venció á los sublevados, sujetándoles de nuevo á la corona de Méjico. Moctezuma, en premio á los relevantes servicios prestados á la patria, le dió el Estado que acababa de someter á la obediencia, y mandó dar muerte al rebelde Malinalli, que habia tratado de hacerle recobrar su independendencia.

A esta victoria siguió otra mas importante, cuyo resultado fué la conquista del Estado de Achiotlan, que llegó á quedar sujeto al imperio mejicano.

Al mismo tiempo que el capitán Tlilxochitl reducía á la obediencia á los pueblos insurrectos, Moctezuma se propuso introducir en la servidumbre de palacio y en el desempeño de varios cargos, algunas reformas que juzgó convenientes para rodear de mayor prestigio y veneracion del que aun tenia, á la persona real.

Aunque los monarcas no veian en la plebe mas que siervos, pues como hemos visto, hasta la religion azteca negaba á las almas de los individuos del pueblo un lugar decente en la otra vida, sin embargo, los reyes que habian precedido á Moctezuma, llegaron á ocupar en el servicio de su palacio, á uno que otro plebeyo que se habia distinguido por algun hecho notable. Pero Moctezuma no creyó digno á nadie del pueblo, de desempeñar ningun cargo honroso.

Cierto es que la plebe, desde el reinado de Itzcoatl, habia celebrado un solemne pacto voluntario con el monarca, obligándose por ella y por sus descendientes á ser tributarios del rey, á trabajar sus tierras y las de los nobles, á fabricar las casas reales y á llevarle, cada vez que saliese

á la guerra, sus armas y bagajes; pero aunque, con efecto, se le obligaba á cumplir exactamente con el terrible pacto, no por esto dejaron los soberanos de premiar, de vez en cuando, el mérito de algunos plebeyos, particularmente si se habian distinguido en las batallas.

Pero Moctezuma se propuso no hacer ni esas excepciones. El nuevo monarca, no concediendo á la plebe el mas leve sentimiento elevado, ni lealtad, ni constancia, ni nin-

Moctezuma declara á la plebe incapaz de obtener empleos.	guna de esas virtudes que engendran rasgos de generosidad y de heroismo, la eliminó de todo cargo honroso, despojó de sus empleos á los pocos plebeyos que los reyes anteriores
---	---

habian distinguido; declaró que nadie que perteneciese á la clase referida, podia, en lo sucesivo, obtener destino alguno; y formándose el mas despreciable concepto de ella, no titubeaba en asegurar, cuando dictaba aquellas disposiciones, que lo hacia por el buen nombre y engrandecimiento de la patria; porque los plebeyos siempre obrarian como correspondia á su oscura clase, patentizando en todas sus acciones, el bajo origen de su nacimiento y la grosera tela de su educacion.

En vano su respetable ayo, venerable y anciano, de la primera nobleza del reino, trató de disuadirle, con sólidas razones, de aquella idea que negaba, en absoluto, cualidades nobles á todos los que pertenecen á la plebe.

Los consejeros, en aquellos gobiernos en que el rey era todo y en que la voluntad del monarca era la suprema ley, no servian, según dice Gil Gonzalez, mas que de ornamento, como vasos de aparador, que no se tienen con

otro objeto que con el de dar gusto á la vista. Moctezuma encontró importuna la opinion de su ayo, y la disposicion se cumplió, sin que la modificase en lo más mínimo.

La dictada reforma empezó por la servidumbre de palacio. Los pocos plebeyos que desempeñaban algun cargo, por insignificante que pareciese, fueron despedidos inmediatamente. La nueva servidumbre se compuso de personas distinguidas y principales.

El palacio de Moctezuma era el núcleo de la nobleza y de los grandes.

Número de señores que marchaban á palacio diariamente. Todos los dias, al brillar la luz primera del sol, entraban en la regia habitacion mas de seiscientos señores feudatarios y de la alta nobleza, con el exclusivo objeto de acompañarle y estar dispuestos á cumplir las órdenes que les dictase. Grandes salones y espaciosos corredores eran los sitios en que ese número extraordinario de personajes distinguidos esperaba la dicha de ver al monarca, paseándose unos, en animada conversacion otros, aunque sostenida siempre en voz muy baja, y sentados los mas en banquitos muy bajos. Allí, sin otra ocupacion que la de aguardar, entregados al solaz, las disposiciones del soberano, permanecian todo el dia, sin que en aquellos magníficos salones y corredores, á ellos exclusivamente destinados, pudiese entrar la servidumbre.

Todos estos grandes señores y feudatarios, marchaban á palacio acompañados de numerosos criados y esclavos que, no cabiendo todos en tres vastísimos patios que tenia el inmenso edificio, quedaba una gran parte de ellos

ocupando casi la calle entera, que era muy grande y ancha (1).

Para entrar á ver al rey se quitaban el calzado y la manta de lujo. Cuando alguno de los personajes se disponia á entrar en la estancia en que el rey se hallaba, se quitaba el calzado y se despojaba de la rica manta que á manera de capa morisca llevaban, poniéndose otra ordinaria, pero limpia, pues se hubiera tomado por manifestacion de orgullo el presentarse con deslumbrante lujo. Descalzo ya, y cubierto con la modesta manta, entraba con los ojos bajos, inclinados al suelo, sin levantarlos jamás á mirar el rostro del monarca, y se dirigia, no de frente, porque habria sido considerado como desacato, sino rodeando un poco por el lado de la puerta, haciendo tres profundas reverencias.

Manera de saludar al rey y cómo se estaba en su presencia. En la primera, que la verificaba al presentarse en la estancia, decia, *señor (tlatoni)*; en la segunda, hecha en la mitad del camino, *mi señor (notlaiocatzin)*, y en la tercera, que la hacia al llegar á la distancia conveniente, *gran señor, (hueillatoani)*.

Si el individuo que entraba habia sido llamado por el rey, permanecía con la cabeza inclinada, en la misma actitud humilde con que habia entrado, y escuchaba, respetuosamente, de boca de un secretario, la disposicion dictada por el soberano. Oida la orden que se dictaba, hacia una inclinacion profunda, y se retiraba andando hácia atrás, para no volver la espalda al monarca; pero siempre

(1) Segunda carta de Hernan Cortés á Carlos V, en 30 de Octubre de 1520.

con la vista fija en el suelo, hasta salir de la estancia.

Cuando era un gran señor que llegaba de lejana provincia, para negocios importantes, observaba las mismas ceremonias que todos, y exponía su asunto en breves palabras y con voz muy suave; recibía la respuesta del monarca por medio del secretario, á quien escuchaba con la veneración y respeto que podría prestarse á un oráculo, y se retiraba sin volver la espalda al soberano, ni levantar la vista, como dejó indicado que lo hacían los que eran llamados. Al verse fuera, volvía á calzarse, cambiaba la manta ordinaria por la lujosa que había dejado, y se alejaba sin pronunciar una palabra.

Solamente les era permitido á los parientes del monarca, llegar á su presencia sin quitarse el calzado ni cambiar de vestido.

El serrallo de los monarcas mejicanos. Al extraordinario número de magnates que, desde muy temprano hasta la noche, se reunían en el palacio para hacer la corte al soberano, se agregaba el mayor aun, que componía la servidumbre del monarca. A la enorme cifra de criados, se añadía la no menor de mujeres que habitaban en la casa real entre señoras, criadas y esclavos. Los amplios departamentos de estas mujeres que en ellos vivían encerradas, venían á constituir un magnífico serrallo de bellezas indianas, donde se encontraban los mejores tipos de las razas que habitaban el Anáhuac. Nobles matronas de inquebrantable fidelidad estaban encargadas de la custodia de ese magnífico harem, velando incesantemente sobre su conducta, pues los monarcas aztecas eran excesivamente celosos, y castigaban con penas muy severas la falta mas leve come-

tida en palacio. De aquel provisto serrallo de mujeres hermosas, tomaba el rey para sí aquellas que para él reunían mayores encantos, y recompensaba con las otras los actos de valor, de heroicidad ó de patriotismo de sus vasallos. La mayor parte de esas encantadoras jóvenes, que constituían un jardín de flores animadas, cuya dulce fragancia solo le era dado aspirar al poderoso monarca, eran hijas de señores principales, llenas de habilidad y de encantos, y que, para entretener agradablemente las blandas horas del día, se ocupaban, gozosas, en hacer delicados tejidos de sobresaliente mérito.

Bufones del rey. Formando un contraste pronunciado con las indianas bellezas del cautivador harem, se encontraban, en distinto departamento, los desgraciados racionales, á quienes la caprichosa naturaleza se había empeñado en hacerles notables por su deformidad y raras formas. Aunque bien tratados y asistidos, tenían á su cargo el triste papel de bufones, provocando la hilaridad de los soberanos con los defectos físicos con que habían tenido la desgracia de nacer.

Entre los grandes que concurrían á palacio con frecuencia á visitar el monarca, se hallaban los feudatarios de la corona, los cuales estaban obligados á residir una parte del año en la corte; y cuando se marchaban á sus estados, concurrían sus hijos ó sus hermanos que, como hemos dicho ya, dejaban en rehenes, por exigirlo así la ley para asegurar la fidelidad de los primeros.

Nunca reyes ninguno de la tierra han ostentado más fausto en el servicio de su persona que los monarcas de Méjico.

La descripción que Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo hacen del sistema de vida que observaba en su palacio Moctezuma II y que, como testigos oculares de los actos de este rey, supieron apreciar debidamente, da á conocer de una manera inequívoca la magnificencia con que se trataban los soberanos de aquella conquistadora monarquía.

Trajes que mudaba diariamente Moctezuma. Cuatro veces al día mudaba de ricos trajes el monarca Moctezuma, siendo los cuatro diferentes unos de otros y completamente nuevos. Estos delicados vestidos no se los ponía más que una sola vez; y para hacerlos, se ocupaba gran número de personas de ambos sexos, dedicadas únicamente á tejer las ricas telas y á confeccionar la ropa del soberano.

Su calzado, que era una especie de sandalias de primorosa hechura, tenían de oro la suela, y rica pedrería en las cintas que cruzaban el pié por encima.

Pero en donde resaltaba la esplendidez y el regalo que rodeaba la vida de Moctezuma, era en el servicio de la mesa.

La sala en que comía era notable por sus dimensiones y por la clara luz que la bañaba. El pavimento tenía por alfombra vistosas esteras de diversos colores, hechas de finísimas palmas, y con delicado primor labradas.

Momentos antes de que entrase á comer, ponían nuevos y limpios manteles de suave tela de algodón, en una mesa bajita, cuya altura estaba en relación con el asiento que era también bajo, pero rico y blando.

Se le servían al rey en la comida, 300 platos diferentes. Puestos los manteles, que no volvían á servir otra vez, pues en cada comida se estrenaban otros enteramente flamantes, entraban, en ordenadas filas, trescientos jóve-

nes de la nobleza, llevando cada cual un guiso distinto en un plato colorado de loza de Cholula, con un brasero de barro oscuro y fino debajo, á fin de que no se enfriase; y dejándolos en un lado de la sala, se salían en el mismo orden con que habían entrado, sin proferir una sola palabra, y procurando que casi fuese imperceptible el ruido de sus pisadas.

Platos que le servían en la comida. Los manjares que contenían aquellos trescientos platos, que casi llenaban la sala (1), eran de los más delicados y sabrosos. Gallinas, faisanes, perdices, patos, codornices, venado, pichones, liebres, conejos, variedad de gustosos pajaritos, peces de río y de mar, frutas las más exquisitas de todas las zonas, cuanto, en fin, de exquisito y bueno existía en los extensos dominios de la monarquía, se encontraba en la mesa del monarca (2).

En cuanto el soberano se sentaba á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta, y se acercaban á él cuatro esbeltas jóvenes de las más hermosas del reino, llevando rico aguamanos y limpias y finísimas toallas para que se lavase los dedos.

Terminado el lavatorio, se disponía á dar principio á la comida, y entonces colocaban delante de la mesa,

(1) Hernán Cortés. Segunda carta al emperador Carlos V, el 30 de Octubre de 1520. «Poníanle, dice, todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se enchía, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia.»

(2) Bernal Díaz, que vió los platos que servían á Moctezuma, después de nombrar infinidad de ellos, dice: «Y muchas maneras de aves é cosas de las que se crían en estas tierras, que son tantas que no las acabaré de nombrar tan presto.»